

Un balance de más de veinte años de democracia en América Latina

América Latina vive, desde hace 25 años, el proceso de democratización más largo, profundo y extenso de su historia. A pesar de los diversos grados de desarrollo y calidad que la democracia ha alcanzado, la región es protagonista del avance más importante que las libertades ciudadanas han tenido en toda su historia. El derecho al voto universal y a elecciones libres, regulares y competitivas es hoy una realidad. Las amenazas de golpes de estado prácticamente han desaparecido. Este proceso vino acompañado por logros importantes en materia de pacificación en varios países, así como de un claro mejoramiento de la situación de los derechos civiles y políticos. Nunca antes hubo, en nuestra región, tantos regímenes democráticamente electos ni tantas transiciones democráticas sucesivas de gobiernos. Este es un activo que debemos tener presente y valorar de manera positiva.

Sin embargo, los avances logrados en la región en materia de democratización no han sido homogéneos. Existen diferencias importantes entre los países. Todos, aunque en grado diverso, enfrentan un importante déficit, y por tanto desafíos, en materia económica y social, cuya persistencia vuelve precaria la vida democrática y amenaza la estabilidad y la gobernabilidad.

La precariedad de la vida democrática se expresa en algunos datos desalentadores: mientras que el 56% de la población latinoamericana apoya a la democracia, apenas un 27% se siente satisfecha con la manera como ésta funciona. Asistimos así a una creciente desafección frente a los partidos, la actividad política y el funcionamiento del sistema democrático.

El primer factor es el desencanto producido por el incremento de la desigualdad y la pobreza durante la vigencia de gobiernos democráticos. Esta coexistencia de la democracia con la pobreza y la desigualdad no resulta sostenible en el largo plazo. La tensión existente entre la dinámica de la economía global y las necesidades y demandas sociales de inclusión y equidad amenaza con desbordar los marcos institucionales y hace peligrar la gobernabilidad democrática en algunos países.

Como segundo factor debe recordarse que la erosión de la legitimidad de la política y de los partidos políticos, se corresponde con una paralela erosión de la legitimidad del Estado. La actual crisis de representatividad es, en parte, un subproducto del debilitamiento del Estado, que es el escenario natural de la democracia. Históricamente, la expansión de la democracia se produjo en el marco del desarrollo del Estado y de su capacidad para resolver y ayudar a resolver problemas sociales básicos. Pero en América Latina en las últimas décadas ha ocurrido todo lo contrario. La imperiosa necesidad de racionalizar y modernizar el Estado ha venido acompañada de una presión orientada a replegar la responsabilidad del Estado, cuyos efectos pueden ser tan nocivos como los del viejo estatismo.

Un tercer factor se refiere a la insuficiente educación y cultura democráticas, que afecta a extensos sectores sociales, secularmente excluidos de la vida política, así como a sectores dominantes que a menudo impregnan de prácticas autoritarias la vida democrática. Esta insuficiencia también se expresa, con frecuencia, en el funcionamiento de los partidos políticos y de sus liderazgos, así como en algunas prácticas políticas, en las que la confrontación excluye a la cooperación.

Igualmente debilita la cultura democrática el reemplazo que suelen realizar los medios de comunicación del debate y el intercambio de ideas, por el énfasis en los

aspectos más superficiales y menos relevantes de la vida democrática, lo que convierte a la política en espectáculo y provoca que los medios se apropien de las funciones propias de los partidos políticos.

Un cuarto factor, acaso el más perceptible, es el relacionado con la corrupción. Aun cuando la corrupción ha sido mayor en las dictaduras que en las democracias, la aparición de escándalos sin precedentes en esta materia vulnera la ética pública, afecta la economía y genera una imagen según la cual los políticos solamente se preocupan de sus intereses personales y contribuyen a erosionar el Estado de Derecho.

Un quinto factor tiene relación con el distanciamiento y las frecuentes fricciones entre los partidos políticos y otras instancias de la sociedad civil. Este distanciamiento expresa la crisis de representatividad de los partidos políticos y se agrava cuando se desarrollan visiones antipartidarias que sugieren que las instancias no partidarias deben competir con los partidos políticos o sustituirlos. Estas fricciones se agudizan cuando la voluntad de una mayor participación es bloqueada por concepciones que reducen el ejercicio democrático a la emisión periódica del voto y restringen la participación social dinámica en la vida democrática, provocando el aislamiento y el anquilosamiento de los partidos políticos.

En sexto lugar, se registra una creciente subordinación de la actividad política a los grandes intereses privados. Como lo señala la Carta Democrática Interamericana, estamos ante una «problemática derivada de los altos costos de las campañas electorales», los que se elevan cada día por la creciente mediatización de la actividad política. De esta manera, la subordinación política a los intereses económicos tiende a sustituir los escenarios electorales en que se ofrecen propuestas para convencer a «electores-ciudadanos», por mercados mediáticos en que se ofrecen mensajes publicitarios para seducir a «electores-consumidores».

Los dos últimos factores que cabe destacar en esta lista no exhaustiva son, por un lado, la creciente inseguridad y la ineficiencia gubernamental frente al incremento de la violencia política y no política; y por otro lado, las dificultades existentes en algunos países para una plena subordinación de las Fuerzas Armadas a la institucionalidad democrática.

Constatamos, en suma, que la opinión pública latinoamericana piensa mayoritariamente que no hay democracia sin partidos pero también expresa que el funcionamiento actual de la democracia y de los partidos genera enorme insatisfacción. No hay democracia sin partidos y no hay partidos sin democracia.

ACTIVIDAD

1. Lee atentamente cada uno de los párrafos y sintetiza su contenido con una breve acotación marginal.
2. Una vez completado el trabajo anterior, vuelve a leer y sintetiza en siete u ocho breves afirmaciones el contenido de toda la lectura.